

»Desde ese día no se llama al *Talma colonial* sino el *Alegre* (Joyeux).

»Para el fin reservé una noticia que no ha de seros grata por más que á nosotros nos haya puesto contentos: acaba de desembarcar el general Félix Douay con dos mil franceses que forman la descubierta de un cuerpo de veinticinco mil que manda el general Forey, que trae al intendente Friant como jefe de administración, un cuerpo completo de exploradores, servicio de trenes, mulas, botiquín y todo lo demás que se puede necesitar.

»Sobrará, pues, oportunidad de que me demostréis de nuevo vuestra hidalguía ó de que yo os pague vuestras bondades.

»Entretanto, aceptad, etc...

»CHARDON (NICOLÁS).

»Segundo batallón de Zuavos.

»Orizaba».



CAPITULO VII

Por las iglesias

Los primeros días de separación, fueron para Eugenia como el acabóse. Su energía y su entereza empezaron á flaquear, sintió deseos de encerrarse por mucho tiempo en su cuarto y acabó por sufrir grandes crisis de lágrimas, seguidas de enorme sedación que le producía sueño preñado de inquietudes, y al fin hambre deveradora que la impulsaba á comer cuanto le caía á la mano. Así se reparaba un poco.

Vacas y Sedeñas acudían solícitas á consolarla, haciéndola notar que si Miguel había sido de vida después del *fiebrón* que le había atacado, era que Nuestro Señor le destinaba para grandes cosas, cuando menos para alcanzar largos y venturosos años.

Eugenia no hacía caso de su persona. Pálida, ojerosa, sin ánimo, pasaba los días envuelta en un peinador,

mirando cómo la lluvia caía á veces gota á gota, á veces en raudales que, ya en la tierra, se tornaban ríos y corrían impetuosos como queriendo arrasarlo todo. Aquel año sesenta y dos fué famoso por la inmensa cantidad de lluvias que durante él empaparon la tierra. Amanecía despejada la mañana; pero la Malinche, siempre ceñuda, continuaba con su capuchón de nubes calado hasta las cejas. Pronto se desprendía una bolsa pizarrosa, que parecía iba á reventar apenas se la tocara; su sepia mugrienta se extendía sobre el azul cobalto del cielo, y á poco la ciudad estaba encapotada por un toldo que de cuando en cuando arrojaba gotitas que hacían correr á toda prisa á los transeuntes. Tardes, *no las había seguras*, repetía don Bernabé; no había *que fiar de Dios en tiempo de aguas*, y así, apenas concluía el viejo los menesteres de su oficio, regresaba á encerrarse entre sus cuatro paredes.

Eugenia sentía que con la lluvia se le aposentaba en el alma algo que estaba de acuerdo con su estado interno. Las gotas caían primero alegres y rumorosas acompañadas del cortejo de un vientecillo que volaba las ropas, golpeaba las puertas al moverlas y hacía gritar á las mujeres; luego las gotas crecían de tamaño; después se hacían más y más uniformes, y al fin se convertían en tempestad. La muchacha se divertía mirando los primeros goterones, que parecían cuartillas de cobre

de las más grandes; luego otras gotas tapaban aquéllas, buscaban los intersticios, se colocaban en los lugares vacíos y acababan por formar como una gran manta que cubría la tierra.

Los canales arrojaban al principio un hilillo tenue, y después un chorro grueso y transparente que se trenzaba, se retorció, se desgajaba, se rompía y acababa por caer al embaldosado, con ruido especialísimo, como si el agua danzara en la losa, deshaciéndose luego en mil gotitas que subían un poco y al fin iban á engrosar la corriente del caño, turbia, cenagosa, rezongona y que fingía como gargarismos al pasar por la coladera del zaguán.

Eugenia permanecía las horas muertas mirando el correr del agua, y cuando ya iba á obscurecer se metía en la casa de las Vacas, que permanecían hasta hora muy alta trabajando en sus flores, en sus dulces ó sus viandas. Manuela, que era la más joven de las santas mujeres, solía estar cerca del anafe con lumbre encendida, sentada en una sillita baja y cerca de un cojín lleno de bolitas de hierro y madera puestas en sendos manguitos. Ordenadamente colocados había papel verde lustroso, papel de seda, pinzas, alambres cocidos, cerdas, moldes, cazuelitas con colores y vasitos llenos de diferentes substancias.

—El niño, mejor... nos dió una noche como para no



escurría cuidadosamente, y luego les ponía á secar en una toalla doblada en cuatro. Notando que ya muchas hojillas estaban en estado, las cogía, y colocándolas en una

dormir más... Apenas habíamos pegado los ojos cuando ahí está el muñeco llorando... Se levantó Rebeca, le dió el biberón; pero él, retorciéndose, echando espumarajos por la boca, lanzando unos gritos que deben de haberse oído hasta Cholula... le registramos, le desvestimos, le buscamos pulga ú otro animal que le picara, y nada hallamos...

Cogió en eso varios pétalos de rosa que ya estaban recortados, y los introdujo en una solución de crémor, manteniéndoles cogidos por las pinzas. Les

plancha de mármol las golpeaba con un tundidor de cristal.

— La verdad, seguía Manuela, estaba tan necio que ya me resolvía á darle una nalgadita... Pero nunca se lo hubiera dicho á aquéllas: me querían golpear, estrangularme, sacarme los ojos — y remedaba los golpes en la planchita de mármol — llamándome fiera, inhumana y mala mujer...

Cesó en el golpeteo y, ya más calmada, dijo, recordando unas hojas:

— En fin, lo que ha de ser tarde, que sea temprano: hemos pensado ponerle nodriza... Es un gasto grande; pero la verdad es que con coliquitos como el de anoche nos vamos á pique, á no poder trabajar en muchos días, con el horrible destroncamiento que nos llega...

— ¿Sabes, observó Eugenia, que te hace bien la *lumbriada*? Estás coloradita y con los ojillos brillantes, y luego con ese cuerpo tan lindo...

— Cállate, barbera, mentirosa; guapa tú, con esa palidez de azucena y esos ojos que parecen de santa.

— Ah, niña, ¿conque aquí estás? exclamaron las Vacas restantes haciendo irrupción. Hemos andado la ceca y la meca buscando nodriza, y al fin hallamos una en Analco; pero buen trabajo nos ha costado... Es una mujerona que da gusto verla... El niño se nos va á criar como una bolita.

Luego siguió una conversación de que Eugenia gus-

taba en extremo: la de las recetas de cocina. Tenían las Vacas tal habilidad para aderezar platos de todas clases, que no parecía sino que hasta las frases con que pintaban la ejecución encerraban partículas gustosas que impresionaban al cerebro y al paladar de los otros.

Desde que empezaban la relación diciendo: «Se compran tantas libras de carne de ternera, tantos bizcochos de los de á seis por dos reales, tantas yemas ó un pollo de buen tamaño»; hasta lo de «se deja á fueguito manso y calentito se sirve», Eugenia no dejaba de saborear, como si estuviera descuartizando el pollo ó partiendo el asado ó menudeando el dulce.

Había languidecido un poco la conversación cuando don Bernabé llegó, antes de recogerse.

—Mañana función de San Jerónimo, padre y doctor de las iglesias latina y griega... Misa y panegírico del padre Ordóñez... No falten.

Y lo cierto era que Eugenia recibía aquellas noticias con tanto placer como las recetas de manjares de las Vacas. Después de escribir á su marido, de limpiar sus escasos muebles y de aderezar su persona, le quedaban libres muchas horas del día. Su devoción no era grande; pero la costumbre que iba adquiriendo de pasarse las horas en las naves frescas, grandonas, silenciosas, llenas de bancas simétricamente colocadas y de beatas discretas, la hacía buscar el ambiente del templo.

Iba estudiando iglesia por iglesia, capilla por capilla. En el suelo leía los epitafios de los muertos que allí descansaban; en las paredes buscaba las firmas de los cuadros que veía diseminados; en los altares se enteraba de las inscripciones votivas, de las relaciones de milagros absurdos y de los nombres de santos y santas cuyas eran las reliquias que yacían dentro de lindas urnas de cristal.

Gustábale ignorar el nombre de la iglesia que visitaba, á fin de proporcionarse el placer de la vaguedad y del misterio. Veces había que, abriendo el viejo cancel de madera, se introducía á la nave alegre y coruscante de luz y de dorados; un viejo sacristán recogía velas en lo alto de un altar; un pajarillo pasaba piando por el vano de la cúpula; la lámpara del Sacramento elevaba su lengua de fuego, como para alabar el misterio inefable... De repente, tosía un devoto en un crucero, y una beata con escapulario rojo al pecho y á la espalda se acercaba con una vela en la mano para decir á *Génie*:

— ¿No gusta de velar al Santísimo?

Desgranaba paters y aves la nueva devota, y por fin se levantaba entregando la candela. Leía los cuadros en que se contenía la incorporación de la iglesia á la Basílica de Letrán; tomaba agua bendita y salía para leer en la puerta los papelillos que son la especialidad de las iglesias: «Un padrenuestro y un] avemaría por una grave necesidad.» — «La persona que haya olvidado una som-

brilla, puede ocurrir por ella dando las señas al sacristán.»
— «Retiro para señoras que tienen largo tiempo de no confesarse. Se repartirán los boletos en la calle de las Chinitas, 5.»

Algunas veces le atacaba los nervios la fealdad de los santos. Vió en el Carmen á un San Juan de la Cruz, que con paso de boleras trataba de arrojar desde lo alto de un altarejo; en otra parte encontró á un jovencuelo mártir, que llevaba clavadas dos hachas de abordaje, una en el corazón y otra en la cabeza, mostrándose tan tranquilo como si llevara un par de coronas de flores; por fin, se halló una serie de vírgenes pintadas y con aureolas de plata maciza que la hicieron reír.

La tenían mareada los milagros. Oía continuamente la relación de maravillas estupendas, de casos asombrosos y raros, en que las leyes de la naturaleza quedaban postergadas y en que se convertía en común y ordinario lo excepcional y nunca visto. Almas que volvían del otro mundo; gentes que descendían de una altura y eran detenidas á mitad del camino por el mandato de un bienaventurado; precipicios que se tornaban llanuras cuando un devoto invocaba á la Sin Mancilla; fuego que no quemaba, agua que no mojaba, eran cosas comunes y ordinarias. Luego venían las historias de bandidos, que ganaban el cielo por haber dado una limosna; de niños desamparados que llegaban á santos por haber amado mucho á

María; de loros, vacas y perros que por su piedad lograban figurar cerca de los elegidos; de conventos que se edificaban con dinero que daba algún judío converso; de auxilios impartidos á pobres religiosas por haber puesto un memorial en las manos de una imagen milagrosa; de chocolate, dulces ó arroz hallados misteriosamente cuando en la casa faltaban del todo las provisiones y el dinero... Y en aquel ambiente mirífico acababa por hallar posible lo imposible, probable lo improbable, cierto lo falso y por sentirse influida de suave y melancólica religiosidad.

Un día amaneció con una horrible jaqueca; sintió deseos de entrar á una iglesia cercana, y ya salía, después de aguardar mucho tiempo una misa, cuando una beatucha ajada y pobre le salió al camino.

— Ya no alcanza usted la de don Vicente; va en el *sanctus*; y como el hombre es una pólvora, no tardará en acabar... Aguarde la del señor Grajales, porque sino le toca la de don Vito, que es tan largo que por mal nombre le llaman el *Padre Eterno*...

Vió Eugenia atravesar el presbiterio á un *coloradito* y luego oyó la primer llamada en una campana chiquitina, bulliciosa, llena de gracia, que alborotaba á todo el barrio. Luego vino el segundo toque, y en espera del último y de que saliese la misa, se recogió en una banca inmediata. Sobre su cabeza quedaba cabalmente una urna que contenía la efigie en cera de una virgen blanca,

rubia, «de hiedra y lauro eterno coronada», y tendida con las manos juntas y los pies atados con una cinta de seda. Eran las reliquias de santa Asela, virgen y mártir, abogada especial contra los dolores de cabeza. Eugenia contempló largo tiempo á la niña, quizá destrozada por garfios y potros, quizá perseguida por la lascivia de algún procónsul, quizá como ella víctima de horribles jaquecas, y cayó á sus pies rogándole la aliviara... Cuando dió fin la misa, Eugenia sonrió de su credulidad; pero cuantas veces sufrió de la cabeza, se acercó á la virgen de cera.

Mas esas excursiones eran en verdad subsidiarias y de carácter accesorio. La iglesia que amaba *Génie* era la Catedral, blanca, aérea, delicada como ninguna otra de la ciudad. Gustaba, al llegar, de sentarse frente á la dolorosa escultura del Cristo muerto, que muestra sus manos traspasadas por los clavos, sus ojos velados por la obscuridad de la agonía, en las carnes las huellas de los azotes, el rastro de los pinchazos, la sangre de las heridas y las deformaciones de las fracturas, dejando ver en el costado, como roja flor que se abre perfumando el alma con aroma de gloria, la cruenta herida del costado, en la cual deseaba ocultarse el amor del místico zahareño.

Le encantaba la fábrica del ciprés, con sus proceras figuras y su asiento de mármol; la pasmaba la multitud de alhajas y reliquias; pero lo que más la conmovía era la



La Catedral de Puebla